

¡Felices, mil veces felices los que creen! No pueden sonreírse sin contar siempre con esta alegría, ni pueden llorar sin pensar que van á acabarse sus lágrimas. Nunca se pierden sus llantos: la religión los deposita en su urna y los presenta al Eterno Padre.

Los pasos del verdadero creyente no son jamás solitarios: el ángel bueno asiste á su lado, y el deficiente del malo, dándole consejos en sus sucesos. Le es tan favorable este celestial amigo, que consistente en beneficio suyo vivir desterrado en la tierra.

¿Se halla acaso en los antiguos una cosa tan admirable como la multitud de prácticas monudas usadas antiguamente en nuestra religión? Cuando se encontraba en un bosque el cuerpo de un hombre asesinado, se plantaba en aquel sitio una cruz en señal de misericordia. Esta cruz pedía al samaritano una lágrima de compasión por aquel desgraciado, y á los fieles de la ciudad una oración por su hermano, que será tal vez algún pobre extranjero distante de su país, como lo estaba su patria celestial aquel ilustre desconocido sacrificio por la mano de los hombres. ¡Qué comercio entre Dios y nosotros! ¡qué elevación tan prodigiosa da esto á la naturaleza humana! ¡qué asombro causa hallar tanta semejanza entre nuestros días morales y los eternos destinos del Señor del mundo!

No hablaremos de los jubilos sustituidos á los juegos seculares, que en ciertas épocas surgen á los cristianos en la piscina del arrepentimiento, purifican las conciencias y llaman á los pecadores á la amnistía de la religión. Tampoco diremos cómo en las calamidades públicas, tanto los grandes como los pequeños, iban descalzos de iglesia en iglesia, para desarmar la cólera de Dios, y que al frente de ellos iba su pastor con una soga al cuello, como una humilde víctima ofrecida por la salud del rebaño.

Pero el pueblo había desaparecido el miedo de estas plagas terribles cuando tenía en su cuarto el Cristo de ébano, el laurel bendito y la imagen del santo protector de la familia. ¡Cuántas veces se ha postrado delante de estas reliquias, para implorar los auxilios que no había podido conseguir de los hombres!

¿Quién es el que no conoce á Nuestra Señora de los Bosques, esto es, la habitadora del hueco del santo protector de la familia. ¡Cuántas veces se ha postrado delante de estas reliquias, para implorar los auxilios que no había podido conseguir de los hombres!

¿Quién es el que no conoce á Nuestra Señora de los Bosques, esto es, la habitadora del hueco del santo protector de la familia. ¡Cuántas veces se ha postrado delante de estas reliquias, para implorar los auxilios que no había podido conseguir de los hombres!

Esta imagen es muy celebrada en todas las aldeas á causa de sus milagros. Muchas matronas os dirán que se han minorado sus dolores de parto al invocar á la dulce *Maria de los Bosques*. Las jóvenes que habían perdido sus novios reconocieron muchas veces á la claridad de la luna las almas de aquellos mozos en este lugar solitario, y percibieron sus voces en los suspiros de la fuente. Las palomas que beben sus aguas tienen siempre huecos en sus midos, y las flores que se hallan en sus bordes están siempre con bo-

tones en sus tallos. Era conveniente que esta Santa de los bosques hiciese tan dulces milagros como los musgos que habita, y tan encantados como las aguas que la encubren.

En los grandes acontecimientos de la vida es donde las costumbres religiosas ofrecen sus consuelos á los desgraciados. En una ocasión fui testigo de un naufragio. Luego que llegaron á la playa, los marineros se quitaron sus vestidos, quedándose solo con los pantalones y camisa mojados. Habían hecho un voto á la Virgen durante la tempestad; se fueron en procesión á una capilla pequeña dedicada á Santo Tomás. El capitán iba al frente de ellos, y el pueblo les seguía cantando todos el *Ave, maría, stellas*. Celóbrase el capellan la misa de los naufragos, y los marineros colgaron sus vestidos calados de agua del mar en las paredes de la capilla, *ex-voto*. La filosofía puede muy bien llenar sus páginas de palabras magníficas; pero dudamos que los desgraciados vayan jamás á colgar sus vestidos en su templo.

La muerte, que es tan poética porque toca á las cosas inmortales, y tan misteriosa á causa de su silencio, debía anunciarse al pueblo por algún medio sensible. Una vez se había prevenido una muerte por el voz de una campana que sonaba por sí sola; otras el moribundo oía dar tres golpes sobre el techo de su cuarto. Un religioso de San Benito, poco antes de morir, hallaba una corona de espino blanco sobre el umbral de su celda. Cuando una madre perdió un hijo que andaba viajando, lo sabía al instante por medio de sus sueños. Los que niegan los presentimientos, no conocerán jamás los caminos secretos por donde dos corazones que se aman se comunican desde un cabo del mundo á otro. Muchas veces un difunto querido, saliendo del sepulcro, se presentaba á su amigo encargándole algunos sufragios para sacarlo de las llamas del purgatorio y conducirlo al seno de las inagotables felicidades. De este modo la religión había hecho participar á la amistad del inexplicable privilegio que tiene Dios de franquear una eternidad feliz.

Una opinión de especie diferente, pero siempre de carácter religioso, inspiraba la humanidad: son tan sencillas que sorprenden al escritor. Poner al lado de una golondrina, matar un pitirrejo, un royezuelo, un grillo, huésped de la cabaña de campo, ó un perro que conveja en el servicio de la familia, era una suerte de impiedad que no dejaba, según se decía, de traer consigo alguna desgracia. Por un admirable respeto que se tenía á la vejez, se creía que las personas ancianas eran de feliz agüero en una casa, y que un criado antiguo hacia dichoso á su amo. Aquí se hallan algunos vestigios del culto relativo á los *Lares*, y se recorda la hija de Laban cuando llevó sus dioses paternos.

El pueblo estaba en la persuasión de que nadie cometía una acción mala sin condenarse á ver en lo restante de su vida espantosas apariciones á su lado. La antigüedad, mas sabia que nosotros, se guardaba muy bien de destruir estas útiles armonías de la religión, de la conciencia y de la moral; ni tampoco desecharía la otra opinión que daba por cierto que cualquiera que disfrutaba bienes mal adquiridos, había hecho un pacto con el espíritu de las tinieblas y legado su alma á los infiernos.

Finalmente, los vientos, lluvias, soles, estaciones, cosechas, labranzas, artes, nacimiento, infancia, himeneo, vejez y muerte, todos tenían sus santos y sus imgenes, y jamás hubo pueblo mas rodeado de divinidades amigas que el cristiano. No se trata aquí de examinar rigurosamente estas creencias. Tan lejos está la religión de ordenar nada en el asunto, que por el contrario, procura incessantemente prevenir los abusos y corregir los excesos. Solo se trata saber si es moral su objeto y si son mejores que las leyes para conducir el pueblo á la virtud. ¿Qué hombre sensato puede dudarlo? A fuerza de gritar contra la superstición, se vendrá á parar en abrir el camino á todos los crímenes. Lo que espantará mas á los sofistas, es que en medio de los males que habrán causado, ni aun tendrán la satisfacción de ver al pueblo mas incrédulo. Si cesá de someter su espíritu á la religión, inventará monstruosas opiniones. Se vera apoderado de un terror tanto mas extraño, cuanto no conocerá el motivo; temblará en un cementerio donde ves grabado que la muerte es un sueño eterno, y afectando despreciar el poder divino, irá á consultar á una gitana ó á buscar sus destinos en los diversos colores de un naipe.

Lo maravilloso, lo futuro y la esperanza son necesarios al hombre, porque conoce que ha sido criado para la inmortalidad. Los conjuros, la nigromancia, son entre el pueblo instinto ó señal de religión, y una de las pruebas mas sensibles de la necesidad de un culto. Cuando no se cree nada, se está muy cerca de creerlo todo; hay aditivos cuando no hay profetas: hay maleficios cuando se renuncian las ceremonias religiosas, y se abren las cavernas de los hechiceros cuando se cierran los templos del Señor.

## CAPITULO VII.

### REUNION DE LAS ARMONÍAS FÍSICAS Y MORALES.

Vamos ahora á confundir las armonías precedentes y acabar de pintar los efectos del culto y de la moral evangélica con nuestras tumultuosas pasiones y las apacibles escenas de la naturaleza. Pero en vez de dar preceptos, ofreceremos solo ejemplos; callará el autor para que hablen otros personajes. Diremos de Atala a los lectores lo que decía el Dante de sus cantos: *Si os espanta mi lenguaje, discúlpeme la novedad.*

## LIBRO SEXTO.

SIGUEN LAS ARMONÍAS DE LA RELIGION CRISTIANA CON LAS ESCENAS DE LA NATURALEZA Y LAS PASIONES DEL CORAZON HUMANO.

ATALA, Ó LOS AMORES DE DOS SALVAJES EN EL DESIERTO.

### PROLOGO.

Poseía antiguamente la Francia en la América Setentrional un vasto imperio que se extendía desde el Labrador hasta las Floridas, y desde las orillas del Atlántico hasta los mas distantes lagos del alto Canadá.

Dividen estas inmensas regiones cuatro caudalosos rios que tienen su origen en las mismas montañas, y son el de San Lorenzo, que se pierde al Este en el golfo de su nombre; el de Oeste, que lleva sus aguas á mares desconocidos; el Borbon, que se precipita de Mediodía á Norte en la bahía de Hudson; y el Meschacébé, que desagua de Norte á Mediodía en el golfo de México.

Este último rio, en un espacio de mas de mil leguas,iega un delicioso pais llamado el Nuevo Eden por los habitantes de los Estados-Unidos, y á quien los franceses dieron el dote nombre de Luisiana. Otro muchos rios, tributarios del Meschacébé, como el Misouri, el Illinois, el Akanza, el Ohio, el Wabache y el Tensas, lo engruesan con su ciego y lo fertilizan con sus aguas. Cuando llegan á hincharse estas rios con las lluvias del invierno y arrastran las tempestades pedregosas enteros de bosques, se amontonan en las manantiales los arboles arrancados; luego los consolida el lodo, los juncos los enlazan, y las plantas que arraigan entre ellos acaban de cimentarse. Arrastradas de las espumosas ondas estas balsas, bajan al Meschacébé. Se apodera de ellas el rio, las arroja al golfo Mejicano, las analla sobre bancos de arena, aumentando de este modo el número de sus embocaduras. A intervalos levanta su ronca voz cuando baña las faldas de los montes y esperece sus aguas por las colunatas de los bosques y por las sepulcrales pirámides de los indios: este es el Nilo de los desiertos. Pero la gracia anda siempre unida á la magnificencia en las escenas de la naturaleza; y mientras que la corriente del medio conduce al mar los cadáveres de los pinos y encinas, se ven á lo largo de las orillas de las dos corrientes laterales unas islas flotantes de alfonsigos y de nenúfares, otras amarillentas flores se levantan como unos pequeños pabellones. Serpientes verdes, garzas reales azules, flamencos color de rosa y cuculidos pequeños se embarran en estos navios de flores; y desple-

1. Verdadero nombre del Mississippi ó Meschacébé.

gando al viento esta colonia sus doradas velas, llega durmiendo a una ensenada retirada del río.

Las dos orillas del Meschacébé presentan el cuadro mas extraordinario. Sobre el borde occidental se pierden de vista las llanuras; y cuando se alejan sus verdes ondas, parece suben al azulado cielo donde desaparecen. Por estas inmensas praderías se ven pasar rebaños de tres ó cuatro mil búfalos salvajes. Algunas veces un bisonte cargado de años, atravesado á nado las ondas, se viene á ochar en medio de las altas yerbas, en una isla del Meschacébé. Al ver su frente adornada de dos medias lunas y su larga barba llena de cieno, lo tendrás por el dios bramador del río, que echa con satisfacción una ojeada sobre la grandeza de sus ondas y la salvaje abundancia de sus orillas.

Tal es la escena que presenta el borde occidental; pero se muda de repente á la orilla opuesta, que forma con la primera un admirable contraste. Detenido sobre la corriente de las ondas, amontonado sobre las peñas y montañas, esparcidos por los valles, varios árboles de todas figuras, colores y perfumes, se mezclan, crecen juntos y suben por los aires hasta perderse de vista. Las cepas silvestres, las bigonias y las coluquinadas se enlazan al pie de estos árboles, escalan sus ramas, tropian hasta la extremidad de ellas, se enlazan desde el arce al tulipero y desde el tulipero á la alca, formando mil grutas, mil bóvedas y mil pórticos. Sucede con frecuencia que pasando de un árbol á otro, estas enredaderas atraviesan brazos de ríos sobre los cuales forman puentes de flores. Desde el seno de estos balsámicos matorrales levanta su cono inmóvil la soberbia magnolia, que sobroponiendo con sus anchas rosas blancas, domina todo el bosque, sin tener mas rival que la palma que mueve ligeramente junto á ella sus verdes abanicos.

Una multitud de animales colocados por la mano del Criador en estos hermosos retiros, distribuyen en ellos el encanto y la vida. Al último de la arboleda se perciben osos embriagados con uvas, que se bambolean en las ramas de los olmos; castores bañándose en un lago; ardillas negras jugueteando en la espesura de las hojas; pájaros burlones; palomas de Virginia, del tamaño de un gorrion, bajando sobre las yerbas sembradas de fresas; papagayos verdes con la cabeza amarilla, ocotras purpúreas y cardenales de color de fuego, encaramándose y circulando por lo alto de los cipreses; resplandecientes colibris sobre el jazmin de las Floridas, y culebras pajarracas silbando, colgadas de las cimas de los árboles y metiéndose en ellas como enredaderas.

Si en las llanuras de la otra parte del río se nota un gran silencio y reposo, aquí, por el contrario, todo es movimiento y murmullo: ya se oyen picotazos de aves en los troncos de las encinas; ya el ruido de los animales que van pa- diendo y rompiendo entre sus dientes los leucos

de las frutas, y ya el zumbido de las ondas, débiles gemidos, bramidos sordos y dulces arrullos que llenan los desiertos de una armonía tierna y salvaje. Pero cuando una brisa anima todas estas soledades; cuando pone en movimiento todas estas cuerpos flotantes, mezcla en todas estas masas los colores blancos, azules, verdes y rosados, y reune todos los murmullos; entonces salen tales ruidos del fondo de los bosques y se presentan á la vista tales objetos, que en vano intentaríamos explicarlos á los que no han pisado aquellos primitivos campos de la naturaleza.

Después del descubrimiento del Meschacébé por el padre Marquett y por el desgraçado La Salle, los primeros franceses que se establecieron en el Biloxi y en la Nueva-Orleans, hicieron alianza con los Natches, nacion india, cuyo poder era formidable en aquellos países. Rivalidades y contiendas ensangrentaron en lo sucesivo la tierra de la hospitalidad. Había entre aquellos salvajes un anciano llamado Chaectas, que por su edad, sabiduría y prudencia en las cosas de la vida, era el amor y el patriarca de los desiertos. Había adquirido la virtud á costa de desgracias como los demás hombres. No solo llenó los bosques del Nuevo Mundo con sus infortunios, sino que le siguieron hasta las costas de Francia. Detenido en las galeras de Marsella por una cruel injusticia, restituido á su libertad y presentado á Luis XIV, había tratado á los hombres grandes de aquel siglo, asistido á las fiestas de Versalles, á las tragedias de Racine, á las craciones funebres de Bossuet; en una palabra, este salvaje había contemplado allí la sociedad en su mas alto grado de esplendor.

Después de muchos años, restituido Chaectas al seno de su patria, disfrutaba en ella una completa tranquilidad. Sin embargo, el cielo le perdió caro este favor, porque el pobre viejo perdió la vista. Una muchacha ora la que le acompañaba por los cerros del Meschacébé, al modo que Antigone guiaba los pasos de Edipo por el Citeron, ó como Malvina conducía á Ossian por las rocas de Morven.

No obstante las muchas injusticias que Chaectas había experimentado de los franceses, los amaba. Se acordaba siempre de Ponchar, en cuya casa había estado hospedado; deseaba servir á alguno á los compatriotas de este hombre virtuoso, y se le presentó para ello una ocasion favorable. En 1725, un francés llamado René, combatido de pasiones y desgracias, llegó á la Luisiana; subió el Meschacébé hasta los Natches, donde solicitó ser guerrero de esta nacion. Después de haberle examinado Chaectas y visto su firme resolución, le adoptó por hijo y le casó con una india llamada Coluta. A poco tiempo de este matrimonio se dispusieron los salvajes para la caza del castor.

1 Vos armoniosa.

Chaectas, aunque ciego, es nombrado por el consejo de los sachens para mandar esta expedición, á causa del respeto que profesaban á su persona las tribus del desierto. Comienzan las oraciones y ayunos; los Truhanes interpretan los sueños; se consultan los Manitús; se hacen sacrificios de tabaco; se queman tiras de lengua de dante; se examina si chispean en la llama, para descubrir la voluntad de los Genios; y salen finalmente después de haber comido el perro sagrado. René es uno de la comitiva; con el auxilio de las contramarcas suben las piraguas del Meschacébé y entran en la madre del Ohio. Era el tiempo de otoño. Se descubren á los asegurados ojos del jóven francés los magníficos desiertos del Kentucki. Una noche, á la claridad de la luna, mientras que todos los natches estaban dormidos en el fondo de sus piraguas y bogaba su flota con velas de pieles de animales á impulso de una ligera brisa, estando René solo con Chaectas, le suplicó que le contase sus aventuras. Consiente en ello el viejo y sentándose sobre la popa de la piragua, le habla de este modo:

#### RELACION.

##### LOS CAZADORES.

“Por un destino particular, mi querido hijo, nos vemos reunidos en el desierto. Yo veo en tí un hombre civilizado que se ha hecho salvaje, y tú ves en mí un hombre salvaje á quien el grande Espíritu sin que yo sepa sus designios ha querido civilizar. Puestos ambos en la carrera de la vida por dos extremos opuestos, has venido tí á ocupar mi lugar y yo á sentarme en el tuyo. Por lo mismo parece que tuvimos objetos y miras totalmente diferentes. ¿Quién de los dos ha ganado ó perdido mas en esta mudanza de posicion? Eso está solamente reservado á los espíritus, de los cuales el menos sabio excede á todos los hombres juntos.

“Para la inmediata luna de las flores se cumplirán siete veces diez nieves y tres nieves mas” que me echó al mundo mi madre á las orillas del Meschacébé. Poco tiempo hacia que los españoles se habían establecido en la bahía de Pensacola, pero aun no había blanco alguno en la Luisiana. Apenas contaba yo diez y siete cadáveres de hoja, cuando con mi padre el guerrero Outalissí marché contra los muscogulgos, nacion poderosa de las Floridas. Nos juntamos con los españoles nuestros aliados, y se dió el combate en una de las puntas de la Maubila. Areskúit y los Manitús no nos fueron favorables. Triun-

- 1 Ancianos ó consejeros.
- 2 El mes de mayo.
- 3 Una liebre por año, ó 73 años.
- 4 Dios de la guerra.

faron los enemigos, y perdió mi padre la vida en la batalla, siendo yo dos veces herido defendiéndolo. ¡Ah! ¡que no hubiera yo bajado entonces al país de las almas! á lo menos hubiera evitado las desgracias que me aguardaban sobre la tierra. Pero los espíritus lo dispusieron de otro modo, y los fugitivos me llevaron á San Agustín.

“En esta ciudad, edificada nuevamente por los españoles, estubo á punto de ser llevado á las minas de Méjico, á no ser por un castellano viejo llamado Lopez, que prendado por mi juventud y sencillez, me ofreció un asilo, presentándose á una hermana suya con la que vivía sin esposa.

“Ambos á dos manifestaron conmigo los mas tiernos sentimientos; me educaron con todo cuidado y me pusieron toda clase de maestros. Pero después de haber pasado treinta lunas en San Agustín, empecé á disgustarme de la vida social. Me iba estornando visiblemente; horas enteras me quedaba á veces inmóvil contemplando la cima de los lejanos bosques; en otras ocasiones me hallaban sentado á la orilla de un río, que con tristeza veia correr, figurándome las selvas que habria bañado, y mi alma estaba entregada á la soledad enteramente.

“No pudiendo ya resistir mas al vehemente deseo que tenia de volver al desierto, me presenté una mañana á Lopez con mi vestido de salvaje, teniendo en una mano el arco con mis flechas y en la otra mis vestidos europeos; los entregué á mi generoso protector, á cuyos pies me puse llorando. Pronunciaba contra mi mismo nombres odiosos, y le confesé mi ingratitude; por fin le dije: “¡Oh, padre mio! tú mismo conoces que “muero si no vuelvo á la vida errante del indio.”

“Admirado Lopez de la determinacion, quiso apartarme de ella, representándome los peligros á que me exponia cayendo de nuevo en manos de los muscogulgos. Pero viéndome resuelto á todo, deshaciéndose en lagrimas y estrechándome entre sus brazos, me dijo: “¡Vete enhorabuena, hijo de la naturaleza! toma de nuevo la independencia del hombre que Lopez no quiero quitarte. Yo mismo, si fuese mas jóven, te acompañaría al desierto (del que yo tambien “conservo dulces recuerdos) y te restituiria á los brazos de tu madre. Cuando te halles en tus bosques, acordate alguna vez de este viejo español que te franqueó la hospitalidad, y ten presente, para encaminarte al amor de tus semejantes, que la primera experiencia que hiciste del corazon humano ha sido toda en su favor.” Díó Lopez fin á sus consejos con una oracion al Dios de los cristianos, cuyo culto no habia yo querido abrazar, y nos despedimos con sollozos.

“No tardé en experimentar el castigo de mi ingratitude. Mi poca experiencia me extravió en los bosques, donde me sorprendió una partida de

1 Los inferiores.

muscogulos y simíolos, como Lopez me lo había pronosticado. Por el vestido y plumas de mi cabeza conocieron que era naticha. Me echaron una cadena, aunque ligera, a causa de mi juventud. Simagban, jefe de la partida, quiso saber mi nombre, y le respondí: "Yo me llamo Chaeta, hijo de Outalissi, hijo de Miscon, que he quitado mas de cien esclavos a los héroes muscogulos." A lo cual me contestó Simagban: "Chaetas, hijo de Outalissi, hijo de Miscon, alegrate, pues serás quemado en una gran- de población." "Esta muy bien," le dije, y entoné mi canción de difunto.

"Sin embargo de hallarme prisionero, no dejaba de admirar a mis enemigos en los primeros días. El muscogulo, y sobre todo el simíolo su aliado, respira alegría, amor y contento. Su paso es ligero, su trato franco y sereno; habla mucho y con velocidad, y su lenguaje es armonioso y fácil: ni aun la edad puede quitar a los ancianos esta placentera sencillez, y a imitación de las aves viejas del desierto, mezclan sus canciones antiguas con los nuevos tonos de su joven posteridad.

"Las mujeres que acompañaban a la tropa manifestaban una amable curiosidad y una tierna compasión de mi juventud. Me hacían varias preguntas acerca de mi madre y de los primeros días de mi vida, querían saber si colgaba mi cuna de musgo en las floridas ramas de los arces y si me mecían en ella las brisas junto a los nidos de los pajaritos. En seguida me hacían otras varias preguntas sobre el estado de mi corazón, y me decían si había visto en mis sueños alguna cierva blanca, si los árboles del valle secreto me habían aconsejado amar. Respondía yo con sinceridad a las madres, a las jóvenes y a las casadas, diciéndolas: "Vosotros sois las gracias del día, y os estima la noche como el rocío. Sale el hombre de vuestro seno para colgarse de vuestro pecho y de vuestra boca, y sabéis palabras mágicas que adormecen todos los dolores. Esto es lo que me dijo la que me parió y no me volverá a ver jamás. También me dijo que las vírgenes eran unas flores misteriosas que se hallan en los parajes solitarios."

"Estas alabanzas daban mucho gusto a las mujeres, que me colmaban de toda especie de regalos, me traían crema de nuez, azúcar de arces, sagumita, pernils de oso, pieles de castor, conchas para adornarme y musgo para la cama. Cantaban y reían conmigo, y en seguida se echaban a llorar al acordarse que había de ser quemado.

"Una noche que los muscogulos habían colocado su campamento en la orilla de un bosque, estaba yo sentado junto a la hoguera de la guerra con el cazador encargado de mi custodia, cuando oigo de repente sobre la yerba el ruido

del vestido de una mujer medio tapada que vino a sentarse a mi lado. Lloraba esta, y se le veía en su pecho un pequeño Crucifijo de oro que brillaba a la luz del fuego: era bastante hermosa, moza y se notaba en su semblante no un sé qué virtuosos y apasionado a cuyo atractivo no se podía resistir. Añadía a esto las mas tiernas gracias: manifestaba en sus miradas una extrema sensibilidad auida a una profunda melancolía, y su sonrisa era celestial.

"Ciel era la virgen de los últimos amores, esta es, aquella virgen que se envía a los prisioneros de guerra para encantar su tumba. En esta inteligencia la dije tartamudeando y con una turbación que sin embargo no provenía del miedo de la hoguera: "Virgen, vos sois digna de los primeros amores y no habeis nacido para los últimos. Las palpitaciones de un corazón que va a morir pronto, correspondieran mal a las agitaciones del vuestro. ¿Cómo es posible merecer la muerte con la vida? En verdad que me la haríais demasiado sensible. ¿Sólo otro el que disfrute esta dicha y el que con dilatados abrazos una la encina con la cresta de oro?"

"A esto me contestó la joven diciendo: "Yo soy la virgen de los últimos amores. ¿Eres tú cristiano?" Respondida que jamás había hecho trahición a los genios de mi cabaña. A estas palabras hizo la virgen un movimiento involuntario y me dijo: "Te tengo lástima, porque no eres sino un mal idolatra. Mi madre me hizo cristiana: me llamo Atala, hija de Simagban, el de los brazaletes de oro y jefe de los guerreros de esta tropa. Nos vamos a Apalichu-ela, donde serás quemado;" y al decir esto se levantó y marchó.

Aquí se vio precisado Chaetas a interrumpir su relacion. Se presentaron a su alma una multitud de memorias: salían de sus amortiguados ojos dos manantiales de lágrimas que regaban sus ajadas mejillas, al modo de dos fuentes que se palpatadas en la profunda noche de la tierra, se descubren por las aguas que dejan filtrar entre las peñas.

"¡Oh hijo mio! prosiguió diciendo, bien veis la poca ambición que acompaña a Chaetas, sin embargo de la fama que tiene de sabio. ¡Ah! hijo mio querido, los hombres ya no ven y aun tienen lágrimas que derraman. Por espacio de muchas noches no dejé de venir a hablar a la hija del Sachem junto a la hoguera. Estaba huido el sueño de mis ojos y Atala estaba en mi corazón como la memoria de la casa de mis padres."

"El día diez y siete de la jornada, hacia el tiempo en que sale de las aguas la mosca pasajera, entramos en la grande sabana ó llanura Alachua, cercada de laderas, que huyendo las nubes, unas bosques llenos de copalbas, limones,

magnolias y encinas. Dió el jefe el grito del arribo y se acampó la tropa a la falda de las colinas. Me separaron a cierta distancia al borde de uno de aquellos pozos naturales tan famosos en las Floridas. Me tenían atado al pie de un árbol y me hacía la guardia con disgusto un guerrero. A poco rato de hallarme allí, se presentó Atala bajo el ámbur líquido de la fuente: "Cada vez, hijo el héroe muscogulo, si quieres perseguir los corzos, yo guardaré el prisionero." Saltó de alegría el guerrero al oír estas palabras de la hija del jefe, y bajando de la cumbre de la colina, alargó sus pasos hacia la llanura.

"Extraña contradicción del corazón del hombre! Yo mismo, que tanto había deseado decir cosas misteriosas a la que ya amaba como al sol, sorprendido entonces y confuso, creí hubiera preferido me arrojasen a los cocodrilos de la fuente mejor que verme solo con Atala. Esta hija del desierto estaba tan turbada como en prisionero; guardámbos ambos un profundo silencio: los espíritus del amor habían robado nuestras palabras. Por fin, esforzándose Atala me habló así: "Guerrero, estais débilmente guardado, podéis huir con facilidad." A estas palabras, cobrando fuerza mi lengua, la respondí: "¡Oh mujer! ¿estoy débilmente guardado?...". Yo no sabía como acabar. Quedó Atala suspensa por algunos momentos y dijo después: "Poneros en salgo, y me desate del tronco del árbol. Cogi el cordel, lo puse en las manos de la joven extranjera y obligando a sus hermosos dedos a que apretasen mi cadena, la dije: "Tomadla, tomadla de la nuevo." "Sois un insensato, me replicó ella con una voz lánguida. ¡Infeliz! ¿no sabes que te quieren quemar? ¿Qué intentas hacer? ¿Ignoras que soy la hija de un formidabile sachem?" "Algun día, la respondí lloviendo, me llevaba mi madre a sus espaldas en un canchero en una piel de castor. Mi padre tenía también una hermosa choza y sus corzos bebían la agua de muchos arroyos; pero al presente ando errante y sin patria. Cuando deje de existir, no habrá quien eche sobre mi cuerpo una pañada de yerba para libertarlo de las moscas: a mí nada interesa el cuerpo de un desgraciado extranjero..."

"Al oír estas palabras se enterneció Atala y caían sus lágrimas en la fuente. "¡Ah! la dije con viveza, ¡si vuestro corazón hablara como el mio! ¿No es acaso libre el desierto? ¿No tienen por ventura los bosques rincones donde ocultarnos? Necesitan tantas cosas los hijos de las cabañas para ser felices? ¡Ah, joven mas hermosa que el primer sueño del esposo! ¡Oh querida mia! resúmelvete a seguir mis pasos."

Hablándola Atala en semejantes términos, me respondió ella con una voz tierna: "¡Joven amigo, bien se conoce habéis aprendido el lenguaje de los blancos: es muy fácil engañar a una

"india." "¿Pues qué, la dije, me llamais vuestro joven amigo? ¡Ah! si un pobre esclavo..." "Y bien, me replicó ella inclinándose sobre mí, "un pobre esclavo..." "Yo la interrumpí con ardor: "¿Aseguréis de tu fe un solo óscolo." Oyó Atala mi súplica, y a la manera que un cervatillo parece que cuelga en las flores de las enredaderas las rosas que coge con su delicada lengua en el declive de la montaña, así quedó yo pendiente de los labios de mi querida.

"¡Ay! hijo, el dolor está muy cerca del contento. ¿Quién hubiera creído que el momento en que Atala me daba la primera prenda de su amor, había de ser el mismo que ella escogía para destruir todas mis esperanzas? ¡Venerables causas del viejo Chaetas! ¡cuál fué vuestro espanto al oír pronunciar estas palabras a la hija del sachem! ¡Hermoso prisionero, ya descendiste locamente a tus dosos; pero ¿dónde nos arrastraré esta pasión naciente? Mi religion me separa de tí para siempre... ¡Oh madre mia! ¿qué has hecho...? ¿Galló de repente Atala, deteniendo un no sé qué fatal secreto que iba a escapársela de sus labios. Sus palabras me anegaron en la desesperacion. "¡Ah! la dije, seré tan cruel como tú; no moriré; me verás en medio de la guerra, oirás los gemidos de mi carne y quedarás llena de alegría." Entonces cogió Atala mi mano entre las suyas y dijo: "¡Oh, pobre joven idolatra! mucha lástima me das. ¿Qué sabes pues que lorea todo mi corazón? ¿Qué lástima que no pueda huir contigo! Desgraciada de la hido el vientre de tu madre, ¡oh Atala! ¿por qué no te arrojas al cocodrilo de la fuente?"

"En este momento, que era el de ponerse el sol, comenzaban a dar sus rugidos los cocodrilos y me dijo Atala: "Dejanos este trépitico." Llevó a la hija de Simagban a las falda de los cerillos que formaban unos golfos verdes, y avanzaban sus promotorios a la llanura. El desierto respiraba tranquilidad, magnificencia y soledad. Cantaba la cigüeña sobre su nido, resonaban los bosques con el canto monótono de las colornices, el silbido de los papagayos, el bramido de los bisontes y el relincho de los yeguas simíolos.

"Nuestro paseo fué casi como yo iba al lado de Atala, que llevaba la punta del cordel que la había precisado a tomar. Llorámbos algunas veces y otras procurámbos sonreírnos; yo mirámbos al cielo, ya a la tierra; nuestro oído iba atento al canto de las aves; una señal física el atento al celo, de una delirada mano apretada; sol que se ponía; yo tranquilo; los nombres un seno ya palpitando, ya tranquilo; los nombres de Chaetas y Atala dulcemente repetidos a intervalos... ¡Oh primer paseo del amor, preciso es que sea muy poderoso nuestro recuerdo, cuando después de tantos años de desdichas enternecies todavía el corazón del viejo Chaetas!

"¿Qué incomprensibles son los mortales cuan-

1 Una especie de pasta de maíz.

do se hallan agitadas de las pasiones! Acababa de abandonar al generoso Lopez y exponerme a todos los peligros por ser libre; la vista de una mujer había mudado en un instante mis gustos, mis resoluciones y mis pensamientos. Olvidado de mi país, de mi madre, de mi cabaña y de la espantosa muerte que me aguardaba, había quedado indiferente a todo lo que no era Atala. Sin fuerzas para elevarme a la razón del hombre, había caído de repente en una especie de infancia, y lejos de poder hacer nada por mi mismo para extruñarme a los malos que me esperaban, me hallaba casi en la necesidad de que otro cuidase de mi sueño y alimento.

“En vano intentó Atala, después de haber recorrido la llanura y echádose a mis pies, persuadirme de nuevo que la dejase. La aseguré que en este caso me volvería solo al campamento si rehúsaba volver a atarme al pie de mi árbol; y así se vió precisada a satisfacerme, esperando concenverme en otra ocasión.

“Al día siguiente que decidí el destino de mi vida, hizo alto nuestra tropa en un valle cerca de Cuscovilla, capital de los siminolos. Estos indios, unidos con los muscogulos, forman con ellos la confederación de los creeks. La hija del país de las palmas volvió a media noche; me llevo a un grande bosque de pinos, donde renové sus instancias para reducirme á que luchase; pero sin responderle una palabra, cogi su mano con la mía y obligó á aquella torcida diestra á que vaguease conmigo por todo el bosque. La noche estaba deliciosa. El genio de los aires sacudía su azul cabellera perfumada con la fragancia de los pinos, y se respiraba el suave olor del ámbar que exhalaban los cocodrilos echados bajo los tamarindos de los rios. Brillaba la luna en medio de un azul claro y flotaba sobre las cimas de los bosques su luz de perla. No se percibía mas ruido que una especie de armonía a lo lejos, que reinaba en la profundidad de la selva; de modo que se podía decir que suspiraba el alma de la soledad en toda la extensión del desierto.

“Percebimos por medio de los árboles un hombre jóven, que llevando en la mano una luz, se parecía al genio de la primavera cuando corre los bosques para renanimar la naturaleza. Era este un amante que iba á la cabaña de su querida para instruirle de su destino.

“Si la virgen apagaba la luz, era señal de que aceptaba un esposo; pero si se cubría sin apagarla, lo era de que deseaba las ofertas.

“El guerrero, metiéndose entre las sombras, iba cantando en voz baja estas palabras:

“Adelantaré los pasos del día sobre la cumbre de las montañas para buscar á mi paloma solitaria entre las encinas del bosque.

“Puse en su garganta un collar de porcelana,<sup>1</sup>

“en el cual había tres granos colorados en señal de mi amor, tres morados en señal de mis temores y tres azules en señal de mis esperanzas.

“Mila tiene los ojos de armiño, su cabellera suave como un campo de arroz; es su boca una concha rosada, guarnecida de perlas; sus dos pechos se parecen á dos cabritillos blancos que parió a un tiempo su madre.

“¡Ojalá apague Mila esta luz! ¡Ojalá que su boca derrame sobre ella una sombra voluptuosa! ¡sal Fertilizarse yo su seno, estará pendiente de su fecondo pecho la esperanza de la patria, y fumaré mi pipa de paz sobre la cuna de mi hijo.

“¡Ah! dejadme adelantar los pasos del día sobre la cumbre de las montañas para buscar á mi paloma solitaria entre las encinas del bosque.”

“Así iba cantando este jóven, cuyos acentos introdujeron la turbación hasta el fondo de mi alma é hicieron mudar de color á Atala. Se estremecieron nuestras unidas manos; pero nos distrajo de esta escena otra que no era menos peligrosa.

“Pasamos junto al sepulcro de un niño que servía de límite á dos naciones. Estaba puesto á la orilla del camino público, según su costumbre, con el fin de que las jóvenes, cuando iban por agua á la fuente, pudiesen traer á su seno el alma de la inocente criatura y volverla á la patria. Se veían allí á la sazón unas recién casadas, que desoñando las dilzuras de la maternidad, intentaban, entreabriendo sus labios, recoger el alma del niño que creían ver errante sobre las flores. La madre del niño vino después á poner sobre la tumba un manojó de maiz y de azucenas; regó la tierra con su leche, y sacudió después sobre la húmeda yerba, empezó á hablar á su hijo con voz tierna en estos términos:

“¿Por qué te he de llorar yo en tu cuna de tierra, oh mi recién nacido? Cuando el pajirito llega á ser grande, se ve en la precisión de

“buscar su alimento, y halla en el desierto muchos grános amargos. A lo ménos no supiste lo que son lágrimas, ni estubo expuesto tu cuerpo al soplo devorador de los hombres. El

“hoyon que se seca en su capullo pasa con todas sus aromas, como pasasé tñ, hijo mio, con toda tu inocencia. Dichosos los que murieron en la cuna, pues no han conocido sino los besos y sonrisas de su madre!”

“Subyugados ya por nuestro propio corazón, quedamos conternados con estas imágenes de amor y maternidad, que parecían nos perseguir en estas soledades encantadoras. Llevé en mis brazos á Atala hasta lo profundo de los bosques, diciéndola cosas que en vano intentarían expresar hoy mis labios. El viento de Mediodía, mi querido hijo, pierde su calor cuando pasa sobre montañas heladas, y los recuerdos del amor en

el corazón de un viejo son como los fuegos del astro del día reflejados por el globo apacible de la luna, cuando está puesto el sol y el silencio reina sobre las chozas de los salvajes.

“¿Quién podía allí salvar á Atala, ni quién podía impedirle que se rindiese á la naturaleza? Nadie absolutamente sino un milagro, que en efecto se verificó. La hija de Simaghan recurrió al Dios de los cristianos; se postró en tierra y pronunció una fervorosa oración á su madre y á la Reina de las vírgenes. Desde este momento, ¡oh Bendí! concebí una maravillosa idea de esta religión, que en los bosques y en medio de todas las privaciones de la vida, puede llenar de favores á los desgraciados; esta religión, que oponiendo su poder al impetuoso torrente de las pasiones, basta para vencer la mas fogosa inclinación, aun cuando esté de su parte el secreto de los bosques, la ausencia de los hombres y la fidelidad de las sombras. ¡Ah! ¡qué divina me parecía la sencilla salvaje, la ignorante Atala, que puesta de rodillas delante de un viejo y derridido pino como si fuese un altar, ofrecía á su Dios los votos en favor de un amante idólatra! Sus ojos dirigidos hacia el astro de la noche, sus mejillas brillantes con las lágrimas de la religión y del amor, presentaban una hermosura inmortal.

A veces me parecía que iba á tomar su vuelo hacia los cielos, y otras creí ver bajar sobre los rayos de la luna y oír en las ramas de los árboles aquellos espíritus que envía el Dios de los cristianos á los ermitaños de las peñas cuando quiere llamarlos para sí. Quedé entonces atido, presintiendo que restaba á Atala muy poco tiempo de vida.

“En esta disposición vertió tantas lágrimas y se mostró tan desgraciada, que me hallaba casi resuelto á dejarla, cuando resonó en el bosque el grito de muerte y se cogan sobre mí cuatro hombres armados. Habíamos sido descubiertos y el jefe de la guerra había dado órden que nos siguiesen.

“Atala, que parecía á una reina en su aire majestuoso, no se dignó hablar á estos guerreros: solamente les echó una ojeda soberbia y se fué junto á su padre.

“Nada pudo conseguir: me doblaron los matris, me multiplicaron las cadenas y se llevaron á mi amante. Cinco coches se pasaron cuando divimos á Apalachuela situada á las orillas del rio Chata-Uche. Al instante me coronaron de flores, me pintaron la cara de azul y bermellon, me adornaron de perlas las narices y orejas y me pusieron en la mano una chichikone.<sup>1</sup>

“Adornado así para el sacrificio, entré en Apalachuela entre repetidos gritos del pueblo. Ya me contaba sin vida, cuando se dejó oír el sonido de un caracol, y el micó ó jefe de la nación ordenó que se reuniesen.

“No ignoras, hijo mio, los tormentos que los salvajes hacen sufrir á los prisioneros de guerra. Los misereros cristianos, con peligro de sus vidas y con una infatigable caridad, consiguieron en muchas naciones se sustituyese á los horrores de la hoguera una esclavitud bastante dulce. Los muscogulos no habían adoptado aun esta costumbre, aunque se había declarado en su favor un partido bastante considerable. Para decidir sobre este importante asunto, convocó el micó á los sachems y me llevaron á la audiencia.

“No lejos de Apalachuela, sobre un cerro aislado, estaba el pabellon del consejo. Tres círculos de columnas formaban la elegante arquitectura de esta rotunda. Las columnas eran de ciprés bruno y esculpido y asimismo mas altas, gruesas y en menor número á proporcion que se acercaban al centro señalado por un solo pilar, de cuya cima salían fajas de corteza, que pasando sobre las otras columnas, cubrían el pabellon en forma de abanico calado.

“Juntóse el consejo, compuesto de cincuenta ancianos con capas de castor, los cuales se colocaron sobre una especie de gradera que miraba á la puerta del pabellon; se senta en medio de ellos el jefe supremo, teniendo en la mano la pipa de paz, medio pintada para la guerra. Á la derecha de los viejos se ponen cincuenta mujeres con vestidos largos guarnecidos de plumas de cisne, y á la izquierda de estos padres de la patria se colocan los jefes de guerra con su tomahawk<sup>2</sup> en la mano, penacho en la cabeza y tendidos do sangre sus brazos y pechos.

“Al pié de la columna central está ardiendo el fuego del consejo. El primer juglar rodeado de ocho guardas del templo, con vestido talar y llevando un buho diseado sobre la cabeza, echa en el fuego balsamo de capaña y ofrece al sol un sacrificio. Estas tres filas de ancianos, matronas y guerreros, y además los sacerdotes, las nubes de incienso y el sacrificio, contribuyen para dar á este consejo un majestuoso aparato.

“Yo estaba de pié y encadenado en medio de la asamblea. Concluido el sacrificio, toma la palabra el micó, exponiéndome con sencillez el objeto á que se reúne el consejo; y en testimonio de lo que acaba de decir, echa un collar azul en la sala.

“Entonces se levanta un sachem de la tribu de la aguilá y habla así:

“Padre mio el micó, sachems, matronas y guerreros de las cuatro tribus del aguilá, del castor, de la serpiente y de la tortuga, no atemoramos en nada las costumbres de nuestros abue-

“los; queremos al prisionero y no alimentemos nuestro valor. La costumbre que os proponen es propia de los blancos, y ella nos ha de ser pernicioso. Dad un collar rojo que contenga mis palabras. He concluido.”

<sup>1</sup> Especie de conchitas.

<sup>1</sup> Instrumento músico de los salvajes.

<sup>2</sup> La hacha.

"Entonces echa un collar rojo en las asambleas.  
"Se levanta después una matrona y dice:  
"Mi padre el águila, vos tenéis el espíritu de  
"la amistad y la prudente lentitud de una tor-  
"tuga. Quiero pulimentar con vos la cadena de  
"la amistad y plantaremos juntos el árbol de la  
"paz. Pero mudemos las costumbres de nues-  
"tros abuelos en lo que tengan de finesto. Ten-  
"gamos esclavos que cultiven nuestros campos y  
"no volamos a oír mas los gritos de los prision-  
"eros, que commoveren las entrañas de las ma-  
"dres. He acabado."

"Al modo que se rompen las olas de la mar en una tempestad, así como en tiempo de otoño arrebata un torbellino las hojas secas; como en una repentina inundación se bajan y levantan las cañas del Meschacébé, y como una gran manada de ciervos brama en lo profundo de un bosque, del mismo modo se agita y murmulaba el consejo. Los sachems, los guerreros y las matronas hablan sucesivamente a un mismo tiempo. Hay partidos y diversidad de opiniones, ya á desahucarse el consejo; prevalece al fin el uso antiguo y me condenan al fuego.

"Retardóse mi suplicio por la circunstancia de estar próxima la *fiesta de los muertos* ó el *festín de las almas*. Es costumbre introducida que no se mate á ningún cautivo en los días consagrados á esta ceremonia. Me entregaron á una guardia rigurosa, y sin duda los sachems alejaron á la hija de Simaghan, porque no la volví á ver.

"Sin embargo, las naciones de mas de trescientas leguas al rededor llegaban en tropas para celebrar el *festín de las almas*. Se había construido una choza larga en un sitio apartado. Al día señalado descenderá cada cabana de sus respectivos sepulcros los residuos de sus padres, oliendo por orden y por familias todos estos esqueletos en las paredes de la *sala común de los abuelos*. Con motivo de experimentar á la sazón una grande tempestad, los vientos, los bosques y las cataratas bramaban por fuera, mientras que los ancianos de diversas naciones concluían entre sí tratados de paz y de alianza sobre los huesos de sus padres.

"Se celebran los juegos fúnebres, la carrera, la pelota y las tablas. Dos vírgenes procuran quitarse una varilla de sauce. Se juntan los hombres sobre sus pechos, y mueven con ligereza sus manos sobre la varilla que levantan por cima de sus cabezas; se enlazan sus hermosos y desnudos piés, sus bocas se encuentran, se confunden sus dulces alientos; se tadean y mezclan sus cabellos, miran á sus madres, se avergüenzan y se las aplaude! El juglar invoca á Michapous, genio de las aguas. Cuenta las diosas de la grande liebre contra Match-Manitú, Dios del mal. Invoca tambien al primer hombre y á la bella Athensic, primera mujer, precipitados ambos

4 El rubor es muy conocido entre las jóvenes salvajes.

del cielo por haber perdido la inocencia; á la tierra tenida con la sangre fraternal; á Jouskeka el impio sacrificando al justo Tahonistaron; al diluvio bajando á la voz del grande Espíritu; á Masson libertado solo en su canoa de corteza; al cuervo enviado para descubrir la tierra, y á la hermosa Endae, sacada del país de las almas por las dulces canciones de su esposo.

"Acabados estos juegos y canticos, se disponen para dar á sus abuelos una eterna sepultura.

"Se veía á la orilla del río Chata-Uche una higüera silvestre consagrada al culto por los pueblos. Acostumbraban las vírgenes lavar en este sitio sus vestidos de corteza, y exponerlos al aire del desierto sobre las ramas del árbol antiguo, donde cavaron un inmenso sepulcro. Salen de la sala fúnebre cantando el himno á la muerte: cada familia lleva algun pedazo sagrado. Llegan á la tumba y colocan allí las reliquias, extendiéndolas á trechos y separándolas con pieles de oso y de castor. Se eleva el monte del sepulcro y se planta en él el árbol de los llantos y del sueño.

"Compadecemos á los hombres, mi querido hijo! Estos mismos indios cuyas costumbres son tan apreciables, y estas mismas mujeres que me habían manifestado un interés tan tierno, pedían sin embargo mi muerte á grandes gritos; y naciones enteras dilataban su marcha por tener el gusto de ver sufrir terribles tormentos á un joven desgraciado.

"En un valle que está al Norte, y á corta distancia de la gran población, se elevaba un bosque de cipreses y de abetos, llamado el *bosque de la sangre*. Se subía á él por las ruinas de uno de aquellos antiguos monumentos cuyo origen se ignora y que son obra de un pueblo ya desconocido. Había en el centro de este bosque un sitio espacioso donde se sacrificaban los prisioneros de guerra. Me condujeron á él en triunfo, y estaba ya todo preparado para mi muerte. Plantaron el poste de Areskoui; caen al golpe del látigo los pines, los olmos y los cipreses antiguos; se enciende la hoguera; forman los espectadores sus anfiteatros con ramas y troncos de árboles. Invoca cada uno su suplicio; se propone uno y otro el premio de la muerte; se propone uno y otro mi canción de muerte, los digo:

"No me vuestros tormentos; soy valiente, ¡oh muscugulos! os desafío; os desprecio mas que  
"á mas débiles mujeres. Mi padre Outalissi, hijo de Miscoo, ha bebido en el cráneo de  
"vuestros mas famosos guerreros; no arrancaré  
"reis de mi corazón ni un solo suspiro."

"Irritado con mi canción, un guerrero me pasó un brazo con una flecha, y le dije: "Te doy gracias, hermano."

"A pesar de la actividad de los verdugos, no pudieron acabarse los preparativos del suplicio

antes de ponerse el sol. Consultaron al juglar, el que prohibió que turbasen los genios de las sombras, y se suspendió mi muerte hasta el día siguiente. Pero por la impaciencia de disfrutar del espectáculo y para tenerlo todo prevenido al salir el sol, no dejaron los indios el *bosque de la sangre*; encendieron grandes hogueras y dieron principio á sus festines y danzas.

"Me tenían echado de espaldas. Los cordeles que colgando de mi cuello sujetaban mis piés y brazos, estaban atados á unas estacas fijadas en la tierra, y además estaban echados algunos guerreros sobre los cordeles, de modo que no podía hacer movimiento alguno sin que lo advirtiesen. Adelantados de la noche, se disminuyen por grados las canciones y danzas, y las hogueras no despiden ya sino unas luces rojas, delante de las cuales se veían pasar aun las sombras de algunos salvajes; todo está dormido, y a proporción que se debilita el ruido de los hombres, se aumenta el del desierto, sucediendo al tumulto de las voces las quejas del viento en el bosque.

"Esta era la hora en que una jóven india que acaba de parir, despierta sobresalada, en medio de la noche, porque la parece oír los gritos de su hijo que la pide su dulce alimento. Estaba yo reflexionando mi destino, fijos los ojos en el cielo donde giraba la luna por entre nubes. Atala me parecía un monstruo de ingratitude. ¡Yo que me había ofrecido á las llamas antes que dejarla!... ¡Y abandonarme ella en el momento mismo de mi suplicio! Sin embargo, conocía que la amaba y que moriría con gusto por ella.

"En los excoativos placeres se siente un aguijón que nos despierta, como para advertirnos que debemos aprovechar este momento rapido; así como, por el contrario, en los grandes dolores se adierte una especie de pesadez que nos entorpece; cansados los ojos de llorar, procuran naturalmente cerrarse, y la bondad de la Providencia se deja conocer hasta en nuestras desgracias. Por fin me rendí á aquel pesado sueño que gusta algunas veces á los miserables. Soñaba que me quitaban las cadenas, y me parecía sentir el alivio que se experimenta cuando después de haber estado fuertemente apretado, afloja nuestros miembros una compasiva mano.

"Fué tan viva en mi esta sensación, que me hizo levantar los párpados. A la palida luz de la luna, que dejaba apenas verse por entre dos nubes, divisé una figura blanca, que inclinada sobre mi se ocupaba en desatar silenciosamente mis cordeles. Ha yo á gritar, cuando siento que me tapa la boca una mano que reconoci al instante. Solo faltaba una cuerda, que parecía imposible romper sin tocar á un guerrero que la tenía toda debajo de su cuerpo. Écha á ella su mano Atala; medio despierta el guerrero y se incorpora; queda inmóvil Atala mirándole. Creyendo el indio fueso el espíritu de las minas, se vuelve á estar cerrando los ojos é invocando á su Mani-

tú. Se rompe el cordel, me levanto y sigo á mi libertadora, que me presenta la punta de un arco, teniendo ella el otro extremo. Pero ¡de cuantos peligros nos vimos cercados! Unas veces estuvimos a pique de tropezar con los salvajes dormidos, otras nos preguntaba una guardia á la que Atala respondía mudando su voz. Oían los niños y ladraban los perros por donde pasamos. Apenas salimos de este funesto recinto, cuando se conmovió el bosque á fuerza de aullidos. Despertaron los soldados, se encendieron las hogueras, vimos correr por todas partes con luces á los salvajes, y apresuramos el paso.

"Cuando la aurora salia por los apalaches, ya estábamos lejos. ¡Grande Espíritu! ¡bien sabeis cual fué mi felicidad cuando me vi de nuevo en la soledad con Atala, con Atala mi libertadora, con Atala que se me entregaba para siempre! Faltaron palabras á mi lengua, me arrojé y dije á la hija de Simaghan: "My poco valen los hombres; pero cuando los visitan los genios, entonces no son nada. Sois un genio, me habéis visitado y no puedo hablar delante de vos." Atala entonces me alargó su mano con una sonrisa y me dijo: "Es preciso que os siga, pues no queáreis huir sin mí. Soborné esta noche al juglar, embriagué á vuestros verdugos con escencia de fuego, y debí exponer mi vida por vos, porque habeis dado la vuestra por mí. Si, ¡ven idólatra, añadió con un tono terrible, el sacrificio sera reciproco."

"Me entregó Atala las armas que tuvo cuidado de traer; me curó después la herida que enjugaba con una hoja de papaya, al mismo tiempo que la regaba con sus lágrimas. "Es un balsamo, la dije, el que viertes sobre mi herida;" pero ella me respondió: "Mas bien me temo que sea un veneno." En fin, rompí uno de los envases de su seno, de que hizo un cabezal que sujetó con un rizo de sus cabellos.

"La embriaguez, que dura mucho tiempo á los salvajes y es para ellos una especie de enfermedad, les impidió sin duda perseguirnos en las pruneras jornadas; y en el caso de buscarnos, es probable fuese hacia el Occidente, en la persuasión de que bajaríamos al Meschacébé; pero habíamos tomado nuestra ruta hacia la estrella inmóvil, dirigiéndonos por el musgo de los troncos de los árboles.

"No tardamos en conocer cuán poco habíamos ganado con mi libertad. Presentaba el desierto á nuestros ojos sus inmensas soledades; sin experiencia de la vida de los bosques, extraviados de nuestro verdadero camino y marchando á la ventura, ¿qué iba á ser de nosotros? Acordábase con frecuencia, mirando á Atala, de la antigua historia de Agar, que me hacía leer Lopez y sucedió mucho tiempo ha en el desierto de Bersabé

1 Aguardiente.

2 El Norte.

cuando los hombres vivían tres edades de encinas.

"Atala me hizo una capa de la segunda corteza de Fresno, porque estaba casi desnudo. Me beldó moxasnes de piel de ratón perfumado con pelo de erizo. Por mi parte tuve también cuidado de adornarla; unas veces la ponía sobre la cabeza una corona de miras azules que hallábamos al paso en los abandonados cementerios de los indios; otras la hacía collares con granos rojos de azalea, y después me sonreía contemplando su maravillosa hermosura.

"Cuando llegábamos á un río, lo pasábamos á nado ó sobre una balsa. Apoyaba Atala una de sus manos sobre mi espalda, y como dos cisnes viajeros atravesábamos las ondas solitarias.

"En tiempo de los calores rigurosos buscábamnos con frecuencia un abrigo bajo los musgos de los cedros. Casi todos los árboles de la Florida, especialmente el cedro y la encina, están cubiertos de un musgo blanco que baja de sus ramas hasta la tierra. Así es que por la noche, á la claridad de la luna, cuando percibís sobre una rama lanosa una encina aislada cubierta con esta vestidura, pensais ver un fantasma que arrastra tras sí su largo ropaje; así también al mediodía no es menos pintoresca la escena; porque un crecido número de mariposas, moscas brillantes, colibris, papagayos verdes y grajos azules, vienen á colgarse de estos musgos y presentan el efecto de una tapicería de lana blanca sembrada de insectos y aves resplandecientes, bordada por un arte efímero europeo.

"En estas riueltas posadas preparadas por el grande Espíritu en medio de las soledades, descansábamnos á la sombra. Cuando los vientos bajaban del cielo para mover este enorme cedro; cuando el castillo aéreo formado sobre sus ramas iba fluctuando con las aves y los viajeros dormidos debajo de ellas, y cuando salían mil suspiros de las galerías y bóvedas del móvil edificio, jamás podían competir las maravillas del antiguo mundo con este monumento del desierto.

"Cada noche encendíamos una grande hoguera, y formábamos la barraca de camino con una corteza apoyada sobre cuatro estacas. Si yo había muerto un pavo salvaje, una paloma torcaz ó un faisán de los bosques, lo colgábamos á la punta de una vara larga fijada en la tierra, delante de la encina encendida, abandonando á los vientos el cuidado de restituirla su presa al cazador. Nos manteníamos de musgos llamados *trigas de peñas*, con azucaradas cortezas de alamo blanco y manzanas de mayo, que tienen el gusto del albarégigo y de la sangueta. El nogal negro, el arce y el zamaque proveían de vino á nuestra mesa. Algunas veces iba yo á buscar entre las cañas una planta cuya flor ensanchada en forma de trompeta contenía un vaso del más puro rocío. Bendecíamos á la Providencia que sobre el

1 Calzado de indios.

tierno vástago de una flor había colocado este limpio manantial en medio de las lagunas corompidas; del mismo modo que puso la esperanza en lo interior de los corazones necrados por la tristeza, y como hace salir la virtud del seno de las miserias de la vida.

"Pero ¡ay de mí! pronto descubrí que me había engañado la aparente calma de Atala. Cuando mas avanzábamos en el desierto, tanto más se apoderaba de ella la tristeza. Se estremecía con mucha frecuencia y sin causa, volviendo precipitadamente la cabeza. En sorpresa echando después hacia el cielo con una profunda melancolía. Lo que me mas asustaba era una especie de secreto ó pensamiento que ocultaba en el fondo de su alma, aunque lo revelaban sus ojos. Fomentando siempre y desechando, animando y destruyendo mis esperanzas, cuando me parecía haber dado algun paso en su corazón, me hallaba al principio del camino. Cuanas veces me dijo: "¡Oh joven amante mio! te amo como á la sombra de los bosques en medio del día. Eres hermo, so como el desierto con todas sus flores y brisas. Si me inclino sobre tí, me estremezco; si mi mano toca á la tuya, me parece que voy á morir. El otro día echó el viento tus cabellos sobre mi cara mientras descansabas en mi regazo; me pareció sentir el suave tacto de los espiritus invisibles. Si, he visto los cabrillos de la montaña de Ocooc, he oído las conversaciones de los hombres cansados de vivir; pero la luz de los cabrillos y la sabiduría de los ancianos son menos agradables y menos fuertes que tus palabras. ¡Ah! pobre Clactas, no seré jamás tu esposa."

"Las perpetuas contradicciones del amor y de la religión de Atala; el abandono de su ternura y la castidad de sus costumbres; la fortaleza de su carácter y su profunda sensibilidad; la elevación de su alma en las cosas grandes y su docilidad en las pequeñas, me hacían mirarla como un ser incomprendible. No podía Atala ejercer sobre un hombre un imperio débil; al mismo tiempo que estaba llena de pasiones, lo estaba también de poder; era preciso ó adorarla ó aborrecerla.

"Después de quince noches de una marcha precipitada, entramos en la cordillera de los montes Allegria y llegamos á uno de los brazos del río Tenaso que desagua en el Ohio. Ayudado de los consejos de Atala, hice una canoa que cargué con goma de ciruelo después de haber ocoído las cortezas con raíces de abeto, y nos embarcamos en ella abandonándonos á la corriente del río.

"Se veía á nuestra izquierda, tras de un promontorio, la población de Sicooc con sus tumbas piramidales y sus barracas arruinadas; dejamos á la derecha el valle de Keow, que termina con la perspectiva de las cañanas de Jore, suspendidas al frente de la montaña del mismo nombre. El río que nos llevaba corría entre altas montañas á

cuyo extremo se veía ponerse el sol. Aquellas profundas soledades no estaban embarazadas con la presencia del hombre. Solo vimos un cazador indio, que apoyado sobre su arco é inmóvil sobre la punta de una peña, parecía una estatua erigida en la montaña al genio de aquellos desiertos.

"Uníamos Atala y yo nuestro silencio al de la escena de este mundo primitivo, cuando de repente la hija del desierto hizo resonar en los aires una voz llena de emoción y de melancolía cantando su patria ausente.

"¡Felices los que no han visto el humo de las fiestas del extranjero y solo han asistido á los festines de sus padres!

"Si el grajo azul del Meschacé dijera á la "noparala de las Floridas: "¡Por qué os lamentais tan tristemente! ¿Acaso no tenéis aquí aguas cristalinas, sombras deliciosas y toda especie de pastos como en vuestros bosques?"

"Si, respondería la noparala fugitiva; pero mi hijo está en un jaxuin; ¿quién me lo traerá?"

"Y el sol de mi llanura ¿lo tenéis vos acaso?"

"¡Felices los que no han visto el humo de las fiestas del extranjero y solo han asistido á los festines de sus padres!

"Después de una penosa marcha se sienta el viajero con tristeza; registra al rededor de sí "los techos de los hombres y no halla donde descansar su cabeza." Llama á la puerta de la cañana, arriba á un lado su arco y pide le hospeden en ella; hace el dueño una señal con el mano, y el viajero toma otra vez su arco y se vuelve al desierto.

"¡Felices los que no han visto el humo de las fiestas del extranjero y solo han asistido á los festines de sus padres!

"¡Vosotros, maravillosas historias contadas al rededor del hogar, tiernas efusiones del corazón y larga costumbre de amar, tan necesarias á la vida; vosotras sois las que habeis llenado "los días de los que no han dejado su país natal." Sus sepulcros están en su patria, con el sol enmudo, con los llantos de sus amigos y con "los cuantos de la religión.

"¡Felices los que no han visto el humo de las fiestas del extranjero y solo han asistido á los festines de sus padres!"

"De este modo cantaba Atala sin que nadie interrumpiese sus quejas, sino el sordo ruido que hacía nuestra canoa sobre las ondas. Solamente es ó tres parajes las recogió un débil oco que las volvió más débiles la segunda vez y mucho mas la tercera; se hubiera creído que las almas de dos amantes tan desgraciados en otro tiempo como nosotros, atraídas de esta dulce melodía, se complacían suspirando en la montaña sus últimos sonidos.

"No obstante, la soledad, la presencia continua del objeto amado y nuestras mismas desgracias aumentaban continuamente nuestro amor. Las fuerzas de Atala comenzaban ya á abando-

narla, y abatiendo su cuerpo las pasiones iban ya á triunfar de su virtud. Invocaba continuamente á su madre, cuya sombra irritada parecía querer apaciguar. Me preguntaba algunas veces si oía alguna voz lastimosa ó si veía salir llamas de la tierra. Por lo que á mi toca, lleno de fatiga, abrasado de deseo y contempléme perdido un remedio en estos bosques, estuve tentado mil veces á coger entre mis brazos á mi esposa, y otras tantas la propuse hiciésemos una barraca en aquellos desiertos y nos enterrásemos juntos en ella. Pero siempre se me opuso diciendo: "¡Reflexiona, mi joven amigo, que un guerrero debe servir á su patria. ¿Qué vale una mujer en comparación de las obligaciones que debes llenar?"

"¡Ahno, hijo de Outilisi, no murmures contra tu destino; el corazón del hombre es como la esponja del río, que unas veces bebe agua pura en tiempo de serenidad y otras se hincha de turbia en tiempo de tormenta. ¿Por ventura "tione la esponja derecho para decir: "¡Crea que no hubiese jamás tempestades ni que abra- "sase el sol?"

"¡Oh René! si tomas las turbaciones del corazón, no te fies de los retirós salvajes; las pasiones grandes son solitarias, y trasportarlas al desierto no sería mas que volverlas á su imperio. Oprimidos de cuidados y de miedos, expuestos á caer en manos de indios enemigos, á ser sumergidos en las aguas, mordidos de las serpientes, devorados de las bestias, hallando con dificultad un escaso alimento y no sabiendo á dónde dirigir nuestros pasos, parecía haber llegado á su mayor altura nuestros males, cuando sobrevino un accidente que puso el colmo á todos.

"Ya se cumplían veintisiete soles desde que salimos de las cañanas; ya la luna de fuego había comenzado su carrera, y todo anunciaba una tempestad. Se acercaba la hora en que las matronas indias colgaban su cayada de labor en las ramas del sabniero, y en que los papagayos se retiraban á los huecos de los cipreses cuando comenzó á cubrirse el cielo. Callaron todas las voces de la soledad, guardó silencio el desierto y quedaron enmudecidas las selvas en calma universal. No tardó en oírse á lo lejos el estruendo de un trueno, que extendiéndose por aquellos bosques tan antiguos como el mundo, hizo salir de ellos un ruido terrible. Temiendo sumergirnos en medio del río, nos dimos prisa para ganar la orilla y retirarnos á una selva.

"Era aquel un terreno pantanoso; caminábamnos con fatiga bajo una bóveda de zarzaparrilla y entre cepas de viñas, añil, judías y arastradas euredradas que trababan nuestros pies como redes. Temblaba al rededor de nosotros el húmedo suelo, y á cada instante nos mirábamos expuestos á hundirnos en los barrancos. Nos cegaba un enjambre de insectos y nos hallábamos

1 Mes de julio.

redondeados de disformes mureclágoz: sonaban por todas partes las culobras de cascabel, y los lobos, osos, carcajos y tigris pequeños que iban á abrigarse á aquellos retiros, los ostrecian con sus rugidos.

“Además, se aumentaba la oscuridad, y rateras las nubes se metían bajo las sombras de los árboles: abrióse una de ellas despidiendo un gran relámpago. Un viento impetuoso que venía del Poniente, mezclaba en un vasto caos unas nubes con otras; inclináronse las selvas y el cielo se abrió por varias partes, descubriendo por medio de sus grietas nuevos cielos y campos encendidos. ¡Qué espantosos y magnífico espectáculo! Encendió el rayo los árboles; se extendió el fuego como una madeja de llamas, y unas columnas de cenizas y humo cubrieron las nubes, que descargaron sus rayos sobre el vasto incendio. Entonces el grande Espíritu cubre de espesas tinieblas las montañas; del medio de este ancho caos se levanta el ruido confuso de los vientos, el sacudimiento de los árboles, los aullidos de las bestias feroces, el zumbido del incendio y los ropatidos estruendos del rayo que silbaba apagándose en las aguas.

“¿Bien lo sabe el grande Espíritu! En este momento no vi sino á Atala, ni pensé en otra cosa que en ella. Bajo el inclinado tronco de un álamo blanco conseguí libertarla del agua; y sentado yo también bajo este mismo árbol hospitalario, teniendo á mi querida sobre mis rodillas y calentando con mis manos sus desnudos pies, me contemplaba mas feliz que una recién casada cuando por primera vez siente que salta en su seno el fruto de sus entrañas.

“Estábamos muy atentos al ruido de la tempestad, cuando siento caer sobre mi cabeza una lágrima de Atala. “Tempestad del corazón! exclamé: ¿es esta una gota de tu lluvia?” Y abrazado después estrechamente á mi amante, la dije: “Atala, sin duda me ocultas alguna cosa.” Abreme tu corazón, hermosa mía: las penas se alivian mucho cuando se comunican á un amigo. Cuéntame tu dolor secreto que tanto te oprimen en oculto. “¡Ah! ya lo penetro, lloras á dios ella, por qué he de llorar mi patria cuando á mi madre no era de la tierra de las palmas?” “¿Pues qué? la dije con asombro, no era vuestro padre del país de las palmas?” “¿Pues quién es el que os echó á esta tierra? Respondeme.” Atala me dijo entonces lo siguiente:

“Antes que mi madre hubiese llevado al matrimonio con el guerrero Sinaghan treinta yeguas, veinte búfalos, cien medidas de aceite de bellota, cincuenta pieles de castor y otras muchas riquezas, había conocido á un hombre blanco. La madre de mi madre le echó agua en la cara y la obligó á casarse con el magnánimo Sinaghan, muy parecido á un rey, y heredado de los pueblos como un genio. A este

“nuevo esposo, pues, le habló mi madre en estos términos: “Mi vientre ha concebido, mamáme.” Pero Sinaghan la respondió: “El grande Espíritu me libre de cometer una acción tan ruin! No os mutilaré; ni os cortaré la nariz ni las orejas, porque sois tan sincera y no habéis sido infiel á mi talamo. El fruto de vuestras entrañas lo será también mio, y no os visitará hasta que se vaya el piñero del arroz, cuando brille la luna decimatercia.” En este intermedio rompí el seno de mi madre y comencé á crecer, siendo tan orgullosa como una espáñola y como una salvaje. Mi madre me hizo cristiana para que su Dios y el de mi padre fuese también el mio. Después se apoderó de ella la tristeza del amor y bajó á su cenevica guarnecida de pieles de lo que no se sale jamás.”

“Tal fué la historia de Atala. “Mas ¿quién era tu padre, la dije yo, pobre huérfana? ¿Cómo le llamaban los hombres en la tierra y qué nombre tenía entre los gentios?” “Yo no lo sé,” dijo la madre, me respondió Atala, solo sé que vivía con una hermana suya en San Agustín, y que fué siempre fiel á mi madre: Felipe era su nombre entre los ángeles, y los hombres lo llamaban Lopez.”

“A estas palabras de un grito que resonó en toda la soledad; el ruido de mi enajenamiento se mezcló con el de la tempestad, y estrechado á Atala sobre mi corazón, la dije estas palabras interrumpidas con sollozos: “Oh mi querida hermana! ¡oh hija de Lopez! ¡oh hija de mi héchior!” Asustada Atala, me preguntó la causa de mi turbación; pero cuando la respondí que Lopez era aquel generoso huésped que me había adoptado en San Agustín y á quien yo había deseado por vivir libre, quedó también llena de confusión y de alegría.

“Era demasiado golpe para nuestros corazones esta fraternal amistad que venía á visitarnos y unir su amor con el nuestro. Los combates de Atala eran inútiles; en vano ponía su mano en el seno haciendo movimientos extraordinarios: ya la tenía yo agarrada, ya estaba enajenado con su aliento y ya había gustado en sus labios todo el encanto del amor. Con los ojos fijos en el cielo y al resplandor de los relámpagos, tenía en brazos á mi esposa en presencia del Eterno. Poníapropia digna de nuestras desgracias y de la grandeza de nuestros amores; soberbias selvas que agitábais vuestras yerbas y bóvedas como las entenas y el cielo de nuestra cama; ahrastrados pines que formábais las antorchas de nuestro himeneo; caparrio fuera de madre, montañas bramando y espantosa y sublime naturaleza; ¡rosotros no erais mas que un vano aparato preparado para engañarnos, y no pudisteis ocultar por un momento en vuestros misteriosos horrores la felicidad de un hombre!”

“Ya no ofrecía Atala mas que una débil resis-

tencia; ya tocaba el momento de mi felicidad cuando siento de repente un impetuoso relámpago seguido del estallido de un rayo, que surcando la espesura de las sombras y llenando el bosque de azul y claridad, destruyó un árbol á nuestros pies. Huimos. ¡Terrible sorpresa!... en el silencio que sucedió al estruendo, oímos el sonido de una campanilla. Suspenso ambos, aplicamos el oído á este ruido tan extraño en el desierto. Al instante oímos á lo lejos el ladido de un perro; se acerca, rebolaba sus ladridos, llega y analiza de alegría á nuestros pies: tras él vimos un viejo solitario que con una linterna en la mano venía atravesando las tinieblas del bosque. “¡Bendita sea para siempre la divina Providencia!” dije luego que nos percibí. “Ya hace tiempo que os voy buscando! Nuestro perro os ha sentido desde que comencé la tempestad, y me ha conducido aquí. ¡Oh buen Dios! ¡qué jóvenes son! ¡Pobrecitos hijos! ¿cuanto habreis sufrido!” Venid conmigo; aquí tengo una piel de oso que servirá para esta joven y un poco de vino en una cesta calabaza. ¡Sea Dios alabado para siempre en todas sus obras! ¡cuán grande es su misericordia y cuán infinita su bondad!”

“Atala estaba postrada á los pies del religioso, y le dijo: “¡Jefe de la oración, yo soy cristiana, el cielo os envía aquí para salvarme.” “¡Hija mía, dijo el ermitaño alzandola del suelo; ordenadamente tocamos por la noche en tiempo de tempestad la campana de la misión para llamar á los viajeros; y á invitación de nuestros hermanos de los Alpes y del Líbano, enseñamos á nuestro perro á descubrir los extraviados.” Por lo tocante á mí, apenas entendía al ermitaño; esta caridad me parecía tan superior al hombre, que la juzgaba un sueño. A la luz de la linterna que tenía el religioso divisé su barba y cabellos empapados en agua y ensangrentados con las zarzas sus pies, manos y cara. “¡Venerable viejo! ¿qué corazón es el tuyo cuando no has tenido que te mate el rayo?” “¡Temor, me respondió con una especie de enardecimiento; temor cuando hay hombres su presencia y puedo serles útil! En tal caso sería un indigno siervo de Jesucristo.” “¿Pero ¿sabes, indigne siervo de Jesucristo?” “¿Y qué? me replicó; ¿le he preguntado acaso cuál es tu religión?” “¡Ha dicho por ventura Jesucristo: “Mi sangre lavará á este y no á aquel!” Murió igualmente por el juicio que por el gentil, y no reconoce en todos los hombres sino hermanos y de gradaciones. Bien poco es lo que hago aquí por vosotros, y acaso hallaríais en otra parte mayores socorros; pero no debe atribuirse esta gloria á los sacerdotes. ¿Qué somos nosotros, débiles solitarios, sino viles instrumentos de una obra celestial! Mas no obstante, ¡qué soldado habría tan cobarde que volviése pies atrás viéndolo á su jefe que con la cruz en la mano y coronada de espigas la cabeza, camina delante de él al socorro de los hombres?”

“Estas palabras penetraron todo mi corazón y derramé lágrimas de admiración y de ternura. “Mis queridos hijos, prosiguió el misionero, yo gobierno en estas selvas un corto número de salvajes, hermanos vuestros. Mi gruta está cerca de aquí en la montaña; venid á calentarnos á ella, y aunque no hallaréis las comodidades de la vida, os servirá á lo menos de abrigo; aun de esto dichen darse gracias á la bondad divina, porque hay muchos hombres que no le tienen.”

#### LOS LABRADORES.

“Hay justos cuya conciencia se halla tan tranquila, que no se puede tratar con ellos sin participar de la paz que exhalan, por decirlo así, de sus corazones y de sus pensamientos. Segun iba hablando el solitario, sentia yo calmarse en mi pecho las pasiones, y hasta la misma tempestad del cielo parecia que se alejaba á su voz. Se esparcieron tanto las nubes, que nos permitieron dejar nuestro asilo. Salimos del bosque y comenzamos á trepar la espaldilla de una alta montaña. Iba delante de nosotros el perro, que llevaba en la punta de un palo la linterna apagada. Conduciéronos, que volvía con frecuencia la cara para mirarnos, contemplando con lastima nuestras desgracias y nuestra juventud. Traía un libro colgado del cuello y se apoyaba en un bastón blanco: su talle era alto, su figura pelida y faca, su fisonomía apocílica y sincera. No tenía aquellas facciones amotiguadas y pacatas que se advierten en el hombre que ha nacido sin pasiones: se conocía que habian sido penosos sus dias; y las arrugas de su frente manifestaban las hermosas cicatrices de las pasiones ahogadas por la virtud y por el amor de Dios y de los hombres. Cuando nos hablaba en plé y inmóvil, su barba larga, sus ojos bajos y modestos y su voz suave, publicaban su santidad y grandeza de alma. El que heya visto como yo el padre Anbyr, caminando solo por el desierto con su bastón y breviario, tendrá una perfecta idea del viajero cristiano sobre la tierra.

“Después de haber andado una media hora por los peligrosos senderos de la montaña, llegamos á la gruta del misionero, donde entramos por medio de las hiedras y otras malezas que la lluvia habia arrancado de las peñas. No habia en este albergue sino una estera de hojas de papaya, una calabaza para sacar agua, algunos vasos de madera, una pala, una cenibra doméstica, un Crucifijo y el libro de los cristianos, que estaba sobre una piedra que servía de mesa.

“Se dió prisa este buen viejo á encender lumbre con yerbas secas: molió entre dos piedras un poco de maíz, y haciendo de él una torta, la puso á cocer sobre la ceniza: apenas se puso dorado con el fuego, nos la presentó caliente, con leche de nuez, en un vaso de acuechue.

"Habiendo venido con la serenidad, nos feroces el siervo del grande Espíritu fuésemos á sentarnos á la entrada de su cueva. Lo seguimos á este sitio que dominaba una inmensa vista. Las reliquias de la tempestad se habían dirigidó desordenadamente hácia el Oriente; los fuegos del incendio que en los bosques había ocasionado el rayo, brillaban aun á lo lejos; al pié de la montaña se había desprendido un pinar entero y el agua del río corría mezclada con la arcilla, con los troncos de los árboles derribados y con todos los animales y peces muertos, cuyo platanado viento flotaba sobre la superficie de las ondas.

"Mientras miráramos esta triste escena, conté Atala nuestra historia al viejo genio de la montaña, cuyo corazón quedó tan conmovido, que vertía lágrimas sobre su barba. "Hija mía, dijo á Atala, es preciso ofrecer á Dios nuestros trabajos, por cuya gloria habéis hecho ya tantas cosas: él os dará la tranquilidad. Bien veis cómo humean estos bosques, so secan estos torrentes y se disipan las nubes; creéis por ventura que el que puede calmar una tempestad como esta, no podrá también aquietar las turbaciones del corazón humano? En el caso de que no tengais otro albergue, yo os ofrezco, querida hija mía, una cabaña entre el solitario que tengo el honor de conducir á Jesucristo; instruiré á Chactas, y os lo daré por esposo cuando sea digno de serlo."

"A estas palabras me oché á los piés del solitario, vertiendo lágrimas de alegría; pero Atala quedó pálida como la muerte. Me levanté el viejo con benignidad, y entonces vi que tenía mudadas ambas manos. Comprendí de repente Atala sus desgracias, y dijo: "Los bárbaros, los bárbaros han sido!"

"Hija mía, la contestó el padre con una dulce sonrisa, qué comparación tiene esto con lo que ha sufrido mi divino Maestro? Si los dioses idolátricos me han maltratado, es porque con unos pobres ciegos á quienes Dios alumbrará algún día. Los amo otro tanto más cuanto más es el daño que me han hecho; y es digno de admiración el ver que habiendo vuelto á mi patria, no he podido quedarme en ella, sin embargo de que una ilustre reina se ha dignado contemplar estas ruinas señales de mi apostolado. Pero qué recompensa más gloriosa podéis yo recibir de mis trabajos, que haber conseguido de la cabeza de nuestra religión el permiso de celebrar el divino sacrificio con estas manos mudadas? Después de un honor tan grande, nada más me faltaba que hacerse digno de él: he vuelto al Nuevo Mundo con ánimo de acabar en él el resto de mi vida en servicio de mi Dios. Van á cumplirse treinta años que habito esta soledad, y cumplirán mañana veintidós que estoy en esta Peña. Cuando llegué á estos parajes, no encontré"

"ellos sino familias vagamundas, de costumbres feroces y de una vida muy miserable. Les hice oír la palabra de paz, y sus costumbres se fueron suavizando poco á poco. Viven al presente juntos en una corta soledad cristiana; á la faldá de esta montaña. Al mismo tiempo que les instruí en el camino de la salvación, procuré enseñarles las primeras artes de la vida, sin llevarlos muy lejos, y reteniendo á esta gente honrada en aquella soledad que constituye la felicidad. Por lo que á mi toca, temiendo incomodarlos con mi presencia, me retiré á esta gruta, donde vienen á consultarme. En este sitio retirado de los hombres, adoro á Dios en la grandera de las soledades, y me dispongo para la muerte que me anuncian mis largos días."

"Al acabar estas palabras, se puso de rodillas el solitario, y nosotros imitamos su ejemplo. Comencé en alta voz una oración á la cual respondían Atala. Unos relámpagos mudos abrían todavía los cielos hácia el Oriente, y brillaban á un mismo tiempo tres soles sobre las nubes del Poniente. Algunos zorros dispersos por la tempestad sacaban sus negros hocicos por el borde de los precipicios, y se oía el ruido de las plantas, que enjugándose con la brisa de la tarde, levantaban por todas partes sus abatidos tallos.

"Entramos otra vez en la cueva, donde el ermitaño dispuso para Atala una cama de musgo de ciprés. Se notaba en sus ojos una profunda languidez, y en medio de sus repetidos movimientos miraba al padre Aubry, como si tuviese que comunicarle algún secreto; bien que parecía detenerla alguna cosa, ya fuese mi presencia, ya una especie de vergüenza, ó ya tal vez la inutilidad de confesarlo. A media noche sentí que se levantó en busca del solitario; pero como este le había cedido su cama, se había ido á contemplar la hermosura del cielo y á orar sobre la cumbre de la montaña. Me dijo al día siguiente, que acostumbraba hacer esto aun en tiempo de invierno, porque se complacía mirando el balanceo de las despejadas cumbres de los árboles, el vuelo de las nubes por los cielos, y el zumbido de los vientos y el ruido de los torrentes en la soledad. Tuvo que volverse á su cama ni hermana, y se quedó dormida. Pero ¿y de mí? lleno de esperanza, no percibía en la debilidad de Atala sino unas señales pasajeras de cansancio.

"A la mañana siguiente me despertó el canto de los cardenales y de los pajaros burlescos, que anidaban en las acacias y laureles plantados al redor de la gruta. Fui á coger una rosa magnolia mojada con las lágrimas de la mañana, y la puse en la cabeza de Atala, que estaba dormida; esperando yo, según la religión de mi país, que bajase el alma de un niño de pecho á esta flor en una gota de rocío, y entrase por un dichoso sueño en el seno de mi futura esposa.

Después busqué á mi huésped, á quien hallé con su ropa recogida hasta la cintura, con el rosario en la mano, y aguardándome sentado en el tronco de un pino que se había caído de viejo. Me propuse fuese con él á la misión, mientras que descansaba Atala; acepté su oferta y nos pusimos en camino.

"Al bajar la montaña, ví unas encinas donde pensé que los genios habían grabado caracteres extraños. El ermitaño me dijo que los había hecho él mismo, y que eran los versos de un antiguo poeta llamado Homero, y asimismo algunas sentencias de otro poeta mucho más antiguo, llamado Salomon. Parecía que se notaba en todo una misteriosa armonía entre la sabiduría de los tiempos, los versos gastados con el musgo, el solitario que los había grabado y las encinas viejas que le servían de libro.

"Su nombre, su edad y la fecha de su misión, estaban también señalados sobre una caña de la ribera, que estaba al pié de estos árboles. Extrañé los hubiese grabado en un monumento tan frágil. "Durará más que yo, no respondió el padre; y tendré siempre más estimación que el poco bien que yo hice."

"Fuímos desde allí á la entrada de un valle, donde ví una obra maravillosa: era un puente natural, como el de la Virginia, del que acaso habreis oído hablar. Los hombres, hijo mío, dijo el solitario, y sobre todo los de tu país, imitan con frecuencia á la naturaleza; pero sus copias son siempre defectuosas. No la sucedo á ella lo mismo cuando quiere imitar las obras de los hombres, ofreciéndoles modelos. Entonces sabe echar puentes desde la cima de una montaña á la cumbre de otra, colgar caminos en las nubes, vaciar ríos en canales, esculpir montes por colinas, y por ostentarse la cavidad de los mares.

"Pasamos por bajo el único arco de este puente, y nos hallamos metidos dentro de otra obra maravillosa. Esta era el cementerio de los indios de la misión, ó los *lospuecillos de la muerte*. Había permitido el ermitaño que los indios enterrasen sus muertos según su estilo, y que el sitio de su sepultura conservase su nombre salvaje; solamente había santificado este lugar con una cruz. Estaba dividido aquel terreno, como el campo común de las cosechas, en tantas porciones como familias había. Se componía cada porción de un bosque pequeño, que variaba según el gusto ó ideas de los que lo habían plantado. Serpentaba por medio de ellos un apacible arroyo á quien llamaban el *Arroyo de la paz*. Este río así de las almas llegaba por el Oriente hasta el puente bajo el cual habíamos pasado por el Setentrion y Mediodía á unos

1 Sin duda el padre Aubry había imitado á los jesuitas de la China, que permitían á los chinos enterrar á sus parientes en sus jardines, según su antigua costumbre.

cerillos; y solamente tenía entrada por el Occidente, donde había un bosque grande de abetos, cuyos troncos molidos de rojo y verde y desmenuados de ranas hasta sus cimas, parecían unas altas columnas, y formaban el peristilo de aquel hermoso templo de la muerte. En él reinaba un ruido religioso y gordo, parecido al que forma el órgano en las bóvedas de una iglesia; pero cuando se llegaba al fondo del santuario, no se oían más que los himnos de las aves que al parecer celebraban una fiesta eterna en memoria de los difuntos.

"Al salir de este bosque, descubrimos el pueblo de la misión, situado á la orilla de un lago y en medio de una llanura sembrada de flores. Se llegaba á ella por una calle de magnolias y encinas que guardaban uno de los antiguos caminos que se encuentran hácia las montañas que dividen el Kentucky de las Floridas. Luego que los indios vieron en la llanura á su pastor, dejaron sus trabajos y corrieron á él. Besaban los unos respetosamente su ropa, ayudaban otros sus trémulos pasos, y levantaban los madres en sus brazos á sus tiernos hijos, para que viesen al hombre de Jesucristo, que derramaba sobre ellos lágrimas paternales. Se informaba al paso de lo que ocurría en el pueblo, aconsejando á unos y reprendiendo con dulzura á otros; hablaba de la recolección de las cosechas, de la instrucción de los niños, del alivio de las penas, mezclando á Dios en todos sus discursos.

"Escuchados de este modo llegamos al pié de una gran cruz que estaba en el camino. Aquí era donde el siervo de Dios acostumbraba celebrar los misterios de su religión. "Mis queridos discípulos, dijo volviéndose al pueblo, os he llamado un hermano y una hermana, y para colmo de felicidad veo que la divina Providencia os libertó ayer vuestros sembrados; ved aquí dos motivos muy poderosos para darla gracias. Ofrezcámosla el divino sacrificio, asistiendo todos á él con un recogimiento profundo, una fe viva, un recogimiento sin límites y un corazón humilde."

"Al instante se revistió este divino sacerdote de una túnica blanca de corteza de moral; sacó los vasos sagrados de un tabernáculo que estaba al pié de la cruz; preparó el altar sobre un pedazo de peña; trajeron agua de un arroyo inmediato, y un racimo de uva silvestre suministró vino para el sacrificio. Todos nos pusimos de rodillas en la alta yerba y comenzó el misterio.

"La curaca, que se descubría detrás de las montañas, inflamaba el Oriente. Todo parecía color de oro ó de rosa en la soledad. Salí en fin del abismo de la luz elastro anunciado con tanto esplendor, hallando su primer rayo la hostia consagrada que en aquel mismo momento elevaba en los aires el sacerdote. ¡Oh encanto de la religión! ¡oh magnificencia del culto cristiano! ¡Un viejo ermitaño por sacrificador, una peña por al-



tar, un desierto por iglesia y unos inocentes salvajes por asistentes! No, no dudo que se cumpliera el grande misterio en el momento en que inclinamos nuestro rostro sobre la tierra y que descendiese Dios, porque yo le sentí bajar á mi corazón.

“Después del sacrificio, en el que nada eché de menos sino á la hija de Lopez, nos volvimos á la población. Reinaba allí la mas preciosa mezcla de la vida social y de la naturaleza; junto á un bosquecillo de cipreses del antiguo desierto, se veía una nueva labranza cuyas doradas espigas ondeaban sobre los troncos de encinas caídas, reemplazando los manojos de mieses de un verano á los árboles de tres siglos. Por todas partes se veían humear los bosques entregados á las llamas y correr lentamente el arado entre los escombrós de sus raíces. Unos agrimensores iban midiendo el terreno con largos cordales y jueces áridos señalaban las primeras propiedades. El ave ceda su nido y la guacaja da la bestia feroz se corretea en cañales. Oíanse retanar las fraguas, y los golpes del hacha hacían por la última vez resonar los ecos que iban á espirar con los árboles que les servían de asilo.

“Yagaba yo embalsado por medio de estos cuadros, que se me hacían mas dulces con la memoria de Atala y con los sueños de felicidad en que mecía todo mi corazón. Admiraba el triunfo del cristianismo sobre la vida salvaje; veía civilizarse el indio á la voz de la religion, y asistía á las primitivas bodas del Hombre con la Tierra. Aquel, por este grande contrato, cedía á la tierra la herencia de sus sudores; y esta, en recompensa, se obligaba á darle fielmente las cosechas, alimentar sus hijos y recoger sus cenizas.

“Entonces llegaron con un niño al misionero, que lo bautizó entre unos jazmines floridos que estaban á la orilla de un manantial, al mismo tiempo que en medio de los juzgos y trabajos, se presentaba un féretro en los brazos de la muerte. Dos esposos recibieron bajo una encina la bendición nupcial, y fuimos á colocarlos en un rincón de la soledad. Ha delante de todos el pastor, echando bendiciones por todas partes sobre las peñas, árboles y fuentes, al modo que en otros tiempos, segun el libro de los cristianos, bendijo Dios la tierra inculca, dándola en herencia á Adán. Esta procesion, que mezclada con sus rebanos seguía de peña en peña á su venerable jefe, representaba á mi enternecido corazón aquellas emigraciones de las primitivas familias, cuando Sem atravesaba con sus hijos el mundo desierto, siguiendo al sol que caminaba delante de él.

“Pregunté al santo ermitaño cómo gobernaba sus hijos; y me respondió con suma complacencia: “Yo no les he dado ley alguna, solo les enseñé á amarse recíprocamente, orar á Dios y esperar una vida mejor, pues en esto solo se encierran todas las leyes del mundo. Allí veis

“una cabaña mas grande que las otras en medio de la poblacion, y sirve de capilla cuando llueve. En ella se junta el pueblo por mañana y tarde para alabar al Señor; y cuando estoy ausente, me sustituye un anciano, pero que la rejez es como la maternidad, una especie de sacerdocio. Se van después á trabajar al campo, en el cual, aunque estén divididas las propiedades, con el fin de aprender la economía social, se depositan las cosechas en graneros comunes, para mantener la caridad fraternal. Cuatro ancianos son los que distribuyen con igualdad el producto del trabajo. Anadid á esto las ceremonias religiosas, los cultos, la cruz donde he celebrado los misterios, el olmo bajo el cual predico cuando hace buen tiempo, nuestros sepulcros inmediatos á las tierras de labor, nuestros rios donde bautizo á los niños, y el San Juan de esta nueva Betania, y tendreis una idea completa del reino de Jesucristo.”

“Me embelaron las palabras del solitario, y conocí cuán superior era esta vida estable y laboriosa á la vida errante y ociosa del salvaje.

“¡Ah! René, no murmuro contra la Providencia, pero confieso que jamás puedo acordarme de esta sociedad evangélica sin experimentar toda la amargura de los pesares. ¡Cuán feliz hubiera hecho mi vida una cabaña construida en estas orillas en compañía de Atala! En ella darían fin todas mis correrías; allí, acompañado de mi adorada esposa, desconocido de los hombres y ocultando mi dicha en el fondo de los bosques, pasaría como los rios que no tienen nombre en el desierto. En lugar de aquella paz que osala entonces prometerme, entre cenizas aflicciones he pasado mis días. Hecho juguete de la fortuna, derrotado en todas las orillas, desterrado por mi tiempo mas de mi país y no encontrando en él á la vuelta mas que una cabaña arruinada y unos amigos olvidados en el sepulcro, debía ser este el destino de Chaetas.

#### EL DRAMA.

“Aunque fué muy vivo el sueño de mi felicidad, fué tambien de corta duracion, y el momento de despertar me aguardaba en la gruta del solitario. Quedé sorprendido, cuando llegando á ella al mediodia, vi que Atala no nos salía al encuentro. No sé qué repentino horror se apoderó de mí. Al acercarme á la gruta, no me atreví á llamar á la hija de Lopez; igualmente se escapaba mi imaginacion con la voz ó con el silencio que pudiera seguirse á mis gritos. Pero mas sobresaltado aun con la noche que reinaba á la entrada de la peña, dije al misionero: “¡Vos, á quien el cielo acompaña y fortalece, pensad por esas sombras!”

“¡Cuán débil es aquel á quien dominan las pasiones! ¡Cuán fuerte el que descansa en Dios!

“Mas valor residía en aquel corazón religioso, abrumado con setenta y seis años, que en toda la juventud de mi pecho. Entré en la gruta este hombre de paz, y yo me quedé fuera lleno de terror; pero oyendo salir al instante del fondo de la peña un murmullo sordo parecido al llanto, á un grito, y reobrando todas mis fuerzas me avancé á la oscuridad de la caverna. . . . ¡Espíritus de mis padres! ¡solo vosotros sabéis el espectáculo que hirió mis ojos!

“Había encendido el solitario una tea de pino, que tenía en su trémula mano sobre la cama de Atala. Esta hermosa jóven, medio levantada y apoyada sobre el codo, estaba pálida y desmelenada; brillaban sobre su frente unas gotas de sudor mortal; sus miradas tristes querían todavía manifestar su amor, y su boca pronunciaba sonrisas. Herido yo como de un rayo, fijos los ojos, extendidos los brazos y entrecabiertos los labios, quedé inmóvil; y reinando por algun tiempo un profundo silencio entre los tres personajes de esta dolorosa escena, le rompí por fin al solitario diciendo: “Esto no será tal vez mas que una calentura ocasionada del cansancio; y si no resignamos en la voluntad de Dios, tendrá compasion de nosotros.”

“A estas palabras mi sangre, que estaba detenida, volvió á tomar de nuevo en mi corazón su curso ordinario, y con la inconstancia del salvaje pasé repentinamente desde el miedo á una confianza excesiva; pero Atala no me dejó en este estado mucho tiempo, porque moviendo tristemente la cabeza, nos hizo señal que nos acercásemos á su cama.

“Padre mio, dijo con una voz débil, dirigiéndose al religioso, estoy ya tocando mi último instante. ¡Oh Chaetas! escucha sin desoportunidad el finísimo secreto que te he ocultado por que no haréte demasiado miserable, y por obedecer á mi madre. Procura no interrumpirme con muestras de un dolor que precipita en los pechos instantes que me quedan de vida. Tengo muchas cosas que decir; pero apenas me quedará tiempo para hacerlo, á causa de los débiles latidos de mi corazón, y de un cierzo que peso frio que casi no puede sostener mi pecho.”

“Después de algunos momentos de silencio, pronunció Atala diciendo:

“Comenzó mi triste destino aun casi antes de nacer. Me había concebido mi madre en la desgracia; molestaba yo su seno, y me echó al mundo con agudos dolores de sus entrañas: se desconfió de mi vida; y para salvarla, hizo un voto mi madre, prometiendo á la Reina de los ángeles que la consagraría mi virginidad si recobraba mi salud. . . . ¡Voto fatal que me precipita al sepulcro!”

“Tenía ya diez y seis años cuando perdí á mi madre, la que pocas horas antes de morir me llamó á la cabecera de su cama y me dijo á

“presencia de un misionero que la consolaba en sus últimos instantes: “Hija mia, bien sabes el voto que hice por tí. ¡Querras por ventura dejar mal á tu madre? ¡Oh Atala mia! te dejo en un mundo que no es digno de poseer una cristiana, en medio de unos idolatras que persiguen al Dios de tu padre y mio, al Dios que, después de haberlo dado la vida, te la conservó por un milagro. ¡Ah, hija mia que ridá! acepta el velo de las vírgenes, renuncia los cuidados de las cabañas y las finestras pasiones que agitaron el seno de tu madre. ¡Ven, pues, querida mia, ven, y júra sobre esta imagen de la madre del Salvador, entre las manos de este santo sacerdote y de tu madre moribunda, que no me desmentirás á la faz del cielo! Ten presente que me obligué por tí, á fin de salvarte la vida, y que si no cumples mi promesa, sepultarás el alma de tu madre en los tormentos eternos.”

“¡Oh madre mia! ¿por que hablasteis así? ¡Oh religion santa, que ocasionas á un mismo tiempo mis males y mi felicidad, que me pierdes y me consuelas! ¡Y tú, querido y triste objeto de una pasión que me consume hasta en los brazos de la muerte; tú, querido Chaetas, ¡ven al presente la causa del rigor de nuestro destino! . . . Deshecha en el seno maternal, me preguntó el seno maternal, la prometí cuando exigía de mí. Pronunciando sobre mi el misionero algunas palabras formidables, me dió el escapulario que traigo siempre conmigo. Mi madre me amenazó con su maldición si quebrantaba el voto; y después de haberme encargado un secreto irrevocable para con los paganos, perseguidores de mi religion, espiré temblando abrazada.

“No osoté por el pronto el peligro de mi juramento. Llena de ardor como verdadera cristiana y orgullosa con la sangre española que corre por mis venas, no vi por todos lados sino hombres indignos de recibir mi mano, y me complacía en no tener otro esposo que el Dios de mi madre. Pero te vi, oh jóven y hermoso prisionero! me enternecí tu triste suerte, me atravesó á hablarlo junto á la hoguera del bosque; y entonces fué cuando sentí todo el peso de mis promesas.”

“Al señalar Atala de pronunciar estas palabras, apretando yo los puños y mirando al misionero con un aire amenazador, exclamé: “¡Es esta la religion que tanto me habeis ponderado! ¡Pereza el juramento que me arrebató á Atala! ¡Muera el Dios que se opone á la naturaleza! ¡Hombre sacerdote! ¿qué has venido á hacer á estos bosques?”

“¡Salvarte, me dijo el viejo con una voz terrible; domar tus pasiones, e impedirte, blasfemio, que atraigas sobre tí la colera del cielo! Dime, jóven inconsiderado, ¿te parece regular quejarte de tus dolores cuando empiezas á vi-